

ra que recayera sobre ellas todo el odio de las masas. Pero ellas seguían impávidas, sin arredrarse ante las amenazas, porque sabían que aunque cayeran, la muerte era un acto de servicio en la Falange y ya nos habían enseñado cómo se cumplía este servicio los ocho o diez camaradas que habían caído los primeros.

Después venían los funerales. No había dinero ni para mandarle decir una misa; pero la Sección Femenina se lanzaba otra vez a la calle y, de puerta en puerta, recaudaba para que no les faltasen sufragios a las almas de aquellos camaradas. De aquellas misas, que eran oídas por todos con verdadero recogimiento y tenían un verdadero ambiente de catacumba.

También se ocupaban las mujeres de la Falange de procurarles un último decoro a aquellos camaradas que morían, y así, en el cementerio de un pueblo de Madrid, se puso sobre la tumba de uno de los caídos una lápida de piedra con el yugo y las flechas grabadas a cincel.

Será ésta quizás la primera piedra de España donde se grabaron el yugo y las flechas de nuestra época.

Y acompañaban las falangistas a las familias de los caídos como si fueran de su propia familia, porque así era la hermandad que había entre toda la Falange.

Al lado de estas muertes no nos parecían nada las dificultades y las persecuciones con que constantemente tropezaba la Falange.

¿Qué significaba al lado de aquello el que un día detuvieron a doce camaradas de la Sección Femenina en un cementerio de Madrid, porque habían acudido vestidas de uniforme a poner flores sobre la tumba de uno de los caídos? ¿Ni los ataques que «la Pasionaria» lanzaba contra nosotras en el Congreso? ¿Ni qué importaba tener que hacer los ficheros a oscuras, porque la Compañía se negaba a darnos luz porque no podía-

mos pagar? ¿Y la cuestión monetaria, dificultad permanente de la Falange? Hubo día, cuando se preparaban las elecciones de febrero de 1936, en que las J. O. N. S. de Madrid recurrió a la Sección Femenina en demanda de dinero para hacer la propaganda electoral. Y la Sección Femenina entregó exactamente 19,50 pesetas, único fondo que poseía, mientras que el Frente Popular y los cedistas derrochaban millones para hacer ver las ventajas de sus procedimientos y las garantías que ofrecían el nombre de sus candidatos.

Pero el puesto de la Falange no estaba ahí, entre la atmósfera turbia de colegios electorales e intrigas caciquiles; ya había dicho José Antonio que nuestro puesto estaba «al aire libre, bajo noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas», y encima de esas estrellas había ya más de veinte camaradas caídos. Pero así y todo, había que ir a las elecciones, y fué la Falange, aunque sin ninguna fe en aquellos procedimientos. Las perdió como nadie las había perdido nunca: todos sus candidatos fueron derrotados en todas partes, y precisamente el día que se perdieron las elecciones fué cuando España se dió cuenta de que existía un movimiento juvenil y revolucionario que se llamaba Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., y que era el único que podía salvar a España de la avalancha comunista.

Los que se rieron de nosotros, ya no se reían; los que nos tuvieron por locos se dieron cuenta entonces de que nuestros hombres sabían morir por la Patria. Y cuando toda España estaba desolada por la pérdida de las elecciones, sólo la Falangé, hecha milicia como un gigante, como un titán, cada vez más grande y más fuerte, cogió las armas y salió a las calles para darle la batalla al Frente Popular en el mismo campo en que ellos la presentaban. Y se cumplió aquello de la oración por nuestros caídos «de que sólo en nuestras filas se moría por España».